

## LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL Y SU FUNDADOR EL ESTUDIANTE FEDERICO OZANAM

Discurso leído en la Catedral Primada en las fiestas conmemorativas del centenario de la Sociedad, por el Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

*Excelentísimo señor, señores y hermanos:*

Pocas palabras, y esas muy simples, bastarían para compendiar la centuria que ya cuenta de vida la institución caritativa que universalmente se nombra «Sociedad de S. Vicente de Paúl». Un estudiante la ideó y seis más le ayudaron a crearla; dióle vida, robustez e incremento el silencioso y callado fervor de la caridad que lleva en sí un atributo de mayoría y eternidad que no alcanzan la fe ni la esperanza; el nunca cegado raudal de lágrimas que la pobreza, la enfermedad y el desamparo hacen brotar de los ojos humanos, le proporcionó perenne ocupación; la fidelidad a la Sede Apostólica y Romana le ha dado parte en las promesas de perdurable subsistencia con que Jesucristo gratificó a la Iglesia. Un siglo entero de actividad creciente y multiforme se recoge hoy en esta enunciación escueta, como se recogen mil suertes de prodigios experimentales en la desnuda simplicidad de los teoremas.

No por estupendos y resonantes, sino por llanos y comunes son dignos de memoria al par que venerables los orígenes históricos de la Sociedad de S. Vicente de Paúl. Obra sellada inconfundiblemente por la mano de Dios y cargada con destinos providenciales debía engendrarse en humildad y en silencio para que jamás pudieran ni el interés terreno ni la vanidad humana descontar merecimientos o reclamar influjos en la existencia de esta asociación de caridad. No vino ella a su-

plantar otras Instituciones similares, no pretendió para sí preeminencia ni ventaja sobre las múltiples formas de beneficencia que honran a la humanidad, ahuyentó y reprobó desde sus comienzos toda intención de competir y entrar en liza con las preciadas obras de pública asistencia que de continuo nacen y prosperan. Mas ya que la Sociedad se nos ofrece tan despojada de arrestos ambiciosos, dejadle el justo y cristiano regocijo de recordar a los que cien años ha la introdujeron en el mundo.

¿Querrá acaso decorarlos con la aureola fugitiva de los encomios fáciles y de las ponderaciones menos valiosas cuanto más hiperbólicas? Nó, que eso sería afrentar la inmortalidad de las ideas con la pompa desfallecida de la palabra inconsistente. ¿Pretenderá retribuirles el esfuerzo de amor y abnegación sobrenaturales con que dieron el sér a esta Sociedad? Nó, porque las supremas y ajustadas y definitivas remuneraciones a sólo Dios competen. Diré entonces que los hijos de S. Vicente, esparcidos hoy por todos los pueblos, hacen esta conmemoración y desandan el camino de tantos años, para mirar de cerca al fundador y renovarse en el espíritu genuino y cimental de su obra. Ello es indispensable, porque así en el orden de la gracia como en lo puramente humano es ley de toda actividad ordenada y fecunda, que nazca y proceda de una confrontación vigilante y amorosa entre el dechado o ideal que la mueve y las obras con que se acredita o manifiesta.

Como en devota peregrinación la mente nos conduce hoy hasta la noble capital francesa estremecida aún y turbada por los sucesos de 1830. Mala sazón en verdad para que un estudiante de sólo 18 años viniera a buscar en las ciencias, y señaladamente en las históricas un testimonio avasallador en pro «de la certeza, de la perpetuidad y de la hermosura del cristianismo». Hablando así, definía Federico Ozanam la dirección de su vida y el raro temple de un espíritu en que las seguridades

que sólo puede dar la fe se aunaban con las más acendradas exigencias de una razón sutilmente investigadora y con la finísima y nunca embotada emoción que surge ante el esplendor de la verdad o ante el reflejo sensible de las armonías trascendentales. Ozanam era estudiante y eso también se necesitaba para que Dios lo transformara en instrumento predestinado y apto para una vocación caritativa. A ella se oponen desde luego el egoísmo, la frialdad del corazón, la estrechez y parálisis del entendimiento, linaje de miserias que no se avienen con el generoso desinterés de los veinte años, ni con el ardimiento dominador de la vida, ni con los anhelos de realizar grandezas que siempre se abrigaron en el ánimo de los estudiantes.

Eran lo plenamente Ozanam y sus amigos parisienses y pronto se agruparon para fines literarios y filosóficos de alto empeño; aquella energía no conoció sosiego porque todos abundaban en ideas y el ambiente febril en que tantos luchadores intelectuales reñían diarias batallas, estimulaba el entusiasmo de la juventud. Una época así tenía que ser propicia a la elocuencia y favorable a los oradores; por eso vemos un crecido número de maestros que inauguran celeberrimos cursos académicos, un pueblo entero se pone en marcha a la voz del predicador de Nôtre-Dame, y en el barrio latino se multiplican las asociaciones de estudiantes que al salir de las aulas prolongan por noches enteras los ecos desenfadados y vibrantes de doctas disputas y de contrarias enseñanzas.

En la historia de estas asociaciones, Ozanam es figura de noble y acentuado relieve. No era que le tentasen los triunfos, para él fáciles, de aquellas justas y torneos de la palabra; era en realidad que sobrecogido por el desamparo moral y por la desolación y desconcierto interiores que afligían a la mocedad que le rodeaba y le seguía, pensaba utilizar el compañerismo y amistosa co-

rrespondencia que entonces nacían al pie de las cátedras y al calor de las disertaciones y conferencias, para construir algo así como un templo de serenidad donde se aquilatase la hermandad de los espíritus, y multiplicándose las relaciones de las inteligencias y de los sentimientos, se desvanecieran muchos prejuicios enconados, se comprendieran los nuevos alcances y las responsabilidades del pensamiento, y se reconociera, en fin, que solamente a la luz del Evangelio podía emprenderse la tarea de reconstrucción social que las ruinas acumuladas por el siglo XVIII hicieron necesaria y que el siglo XIX acometía sin otro conductor que el naturalismo.

Un peligro podía comprometer la tentativa de Ozanam: la elocuencia. Y no porque la elocuencia no sea una de las más exquisitas dádivas de la divina largueza, sino porque ella no es al fin y al cabo sino un estímulo para las obras, y faltando éstas, casi podría decirse que ese máximo don natural, pasa a la categoría de los objetos de lujo que primero seducen por bellos y luego estorban por inútiles. Ozanam lo entendió así gracias al raro equilibrio de su alma que Dios preparó desde muy lejos, haciendo confluír en ella la viva y veloz perspicacia del Italiano, la lógica incontrastable y subyugadora del franco, y la percepción aguda de las realidades que es propia de una raza oriental y dispersa que dio a Ozanam antepasados remotísimos.

Y todo ello le habilitó para entender lo que un estadista de los modernos tiempos formuló en momentos de suprema angustia para su patria: «La ideología privada de la acción que le corresponde es pura vanidad de palabras. Algún día la veréis engendrando indolencia disociadora y tranquilidad fundada en algunas frases resonantes». Mas para qué traer a cuento citas profanas cuando Ozanam al ordenar su vida no hacía pie en los solos dictámenes de la prudencia humana sino en esotros

hondamente racionales y refrendados por el apóstol con celestial autoridad: «Muerta se halla la fe que no produce obras».

Una noche al salir de una conferencia particularmente tumultuosa y caracterizada por notables destemplanzas verbales, Ozanam habla entristecido y aun desengañado con dos estudiantes que le comprenden. Quizá fue teatro y escenario de estos discursos la plaza del Panteón, patria chica de los escolares parisienses, Allí la vieja biblioteca de S. Genoveva cuyos muros se abroquelan hoy con la interminable letanía de los nombres proceros que en pocas sílabas abrevian el símbolo de las mentes hazañosas; allí el Panteón solitario que ahora abraza cenizas de grandes ciudadanos y ayer cantaba los loores de Genoveva la virgen Inerme que amparó a Lutecia; allí su historia contada por los pinceles de Puvis de Chavannes con trazos nítidos y colores de ensueño para que conste el triunfo de la impalpable fuerza del espíritu sobre la rudeza feroz de la barbarie; allí el sepulcro mismo de la Santa encerrado bajo la peregrina arquitectura de S. Esteban del Monte, que le da el tributo inmóvil de la piedra labrada que se enrosca en los pilares góticos para formar las escaleras del ambón y simula mansa, tenue y ondulante columna de incienso que sube a las alturas llevándose consigo las oraciones de los fieles. Allí también el epitafio de Pascal..... ¿Por qué no habría de sentir Ozanam, en la ocasión que os dije y al azar del coloquio nocturno, la atracción del gran pensador que no halló reparo ni asilo para su espíritu potente sino en la oración entrecortada y sollozante de Getsemani? ¿Por qué no habría de desvelársele el misterio de la caridad pensando en el terror de Pascal ante el silencio de los espacios infinitos? Porque el corazón del pobre es también un espacio abismal que van ensanchando el desamor y la desilusión, que se ahonda con el trabajo perdido, con la previsión infausta de un porvenir de inopia, con el lloro anticipado por

los hijos que no tendrán hogar seguro ni memorias risueñas, con la huida de la salud que paso a paso desanuda los vínculos familiares. Abismo grande y siniestro es la pobreza, abismo que sólo debe inspirarnos terror y medrosas profecías cuando nos avicinamos a él sin el propósito de colmarlo a precio de amor que comprende y de abnegación que redime.

Si las circunstancias en que acabo de colocar a Ozanam son meramente figurativas, la idea de fundar la renovación de los hombres no ya sobre el comercio de las inteligencias, sino sobre el ejercicio de la caridad, y ésta a su turno sobre el ejemplo y enseñanza de Jesucristo, exhibí el intento definitivo del fundador de la Sociedad de S. Vicente en 1833. Si ahora vuelven a salirnos al paso algunas reminiscencias históricas, acordados de que Ozanam encontró en ellas una prueba de que la caridad es fruto del cristianismo, y una visión, no por universal menos concreta, del alma de los pobres y de los ocultos caminos que conducen al secreto de muchas miserias. A veces se queda uno suspenso entre dos interrogaciones: ¿Será cada individuo una condensación personal de los vaivenes y alternativas que se suceden en la humanidad? ¿Será la historia una proyección gigantesca de esta pugna entre el bien y el mal, entre el espíritu y la carne, amargo combate cuyas vicisitudes llenan y tal vez hacen rebosar este breve espacio que vivimos? Lo que sí sabemos es que la miseria en grande de las sociedades o la miseria intensamente comprimida de los individuos, no las remedia sino la caridad de Jesucristo Hijo de Dios.

Por un instante nada más reviví las épocas cesáreas de Roma la antigua, la señora del orbe, la que legisló para el imperecedero mundo latino con Horacio y Virgilio, con Cicerón y César. Ved aquel navío que zarpa del puerto de Ostia a velas desplegadas, mecido por los vientos que enantes meneaban los bosques de

las islas griegas, oasis de los mares. Taja la proa las ondas mediterráneas que una y otra vez llevaron sobre sí a los hacedores de epopeyas, y suena el aire, como en las de arpa eolia, en las tesas cuerdas del aparejo acompañando el canto de los nautas, rudo pero no ingrato, con que invocan al dejar la orilla, el favor de los dioses tutelares. Es en el tosco lenguaje popular la propia idea expresada por el Venusino con elegancia insuperable:

*Sie te diva potens Cypri....*

*Ventorumque regat pater.*

¿A dónde hace rumbo?, ¿qué lleva en su cóncavo seno? ¿Van allí los legionarios que defienden el imperio contra el ágil parto o el feroz escita? ¿O está cargada de riquezas italianas que habrán de trocarse por los oros de Ofir, por las especias y perfumes del Oriente fabuloso?

Nó, desde la sentina hasta las bordas aquello es un hacinamiento informe de astrosas figuras humanas, toda miseria tiene allí su representante, y son cifra del último dolor aquellas mujeres cadavéricas que aprietan contra el pecho exhausto a los párvulos desmedrados por el hambre.

A tres millas de la costa los marinos alzan los remos y amainan el velamen, abren ancha vía de agua en la cala y se ponen en salvo. Las olas revientan y rugen en las entrañas de la embarcación; los infelices se arraciman en el puente, cunde el silencio que precede a las catástrofes sin remedio, una ola pasa, el navío desaparece, vense sólo las puntas de los mástiles.... y se esconden también. ¿Qué ha sucedido? Nada. Un detalle del asco de la Roma Imperial.

En los mismos días, en una de las menores y más lejanas provincias de la jurisdicción romana, en Galilea, se hablaba de un profeta que se había mostrado en las orillas del Jordán y andaba ahora por las riberas del

mar de Tiberiades. Cerca de cinco siglos hacía que el espíritu profético estaba enmudecido en Israel. El pueblo conservaba palpitante la memoria de los hechos, las palabras de los antiguos videntes: de Isaías, superior aun humanamente hablando al antiguo Esquillo; de Jeremías, que sería el primer poeta elegíaco del universo si Job instruido por la miseria no hubiera forjado antes su temerosa endecha imprecatoria; de Ezequiel, conocedor de la pesadumbre en que toda caducidad se resuelve; de David, más esperanzado en el Mesías cuanto más afligido por la culpa. La multitud no ha olvidado que a su carácter de profetas juntaban aquellos varones de Dios el dón de los milagros, y se agolpaba al pie del monte donde estaba el Maestro, más que en espera de sus enseñanzas, al atisbo del fuego que había de mandar llover como Elías y de los portentos que multiplicaba Eliseo entre los hijos de los pobres y entre los ministros de los reyes.

Ya desciende por el abrupto senderillo que baja de la cumbre del monte. Viene sin otro séquito que el de la pobreza laboriosa que ayer bregaba con las redes pescadoras y mañana esparcirá mensajes de eternidad por las plazas de Atenas y por los alcázares de Roma. Viene el Maestro andando con el tímido recato de una virgen y con la imponente majestad de un vencedor, partidos los cabellos sobre la frente al modo nazareno asombran las pupilas en que se suman la serentidad del niño, la tristeza de la víctima y los destellos que pregonan la gloria y el poder de todo un Dios.

La turba que le espera y aclama se asemeja a la de la nave echada a pique delante del puerto de Ostia por orden de Tiberio: hablando al uno, tocando al otro el Señor va curándolos a todos sin alardes de poder, con la misma sencillez de quien dijo «Sea la luz». Los adoctrina luego y sus palabras aún están sobresaltando a los humanos:

«Bienaventurados sois los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos».

«Bienaventurados los que ahora lloráis, porque tendréis consuelo».

«Bienaventurados los que tenéis hambre, porque seréis saciados».

«Habéis oído que fue dicho: «Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo». Mas yo os digo: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian».

Los filósofos griegos enseñaron doctrinas sublimes pero no regeneraron el mundo porque hicieron divorcio y apartamiento entre las palabras y las obras. Mas el que se llamó a sí mismo hijo de Dios e hijo del hombre y lo fue en realidad, predicó tres años después otro sermón del monte, el del monte Calvario, el sermón del ejemplo. El huerto le vio traicionado, los tribunales le cubrieron de afrenta, llovieron sobre él todas las calamidades que viene repartiendo la miseria desde el principio de los tiempos, la cruz en que se dejó enclavar por la verdad y la justicia, le mantuvo en alto para que en la sobrepujante autoridad de esa cátedra de martirio se añanzara el clamor de divina indulgencia: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»; y si el Redentor volvió a los cielos revestido de inmortalidad, aquí dejó en los pobres la viva imagen de sus padecimientos.

Comprended ahora por qué la caridad cristiana, poniéndose al servicio de los menesterosos, tiene que hacer obra sustancialmente religiosa, que en manera alguna se guía por las distinciones que intenta la casuística del interés, ni por las conveniencias o espectativas de orden terreno, ni por el antojo de merecimientos que puedan acarrear honra y provecho. Nó; de manantial más alto, más limpio y más inagotable desciende esta caridad que vosotros, dóciles al espíritu de

vuestros fundadores, no habéis cesado de ejercitar. Conscientes os veo de que el acto con que amáis a Dios y el con que amáis al prójimo son específicamente idénticos, y de que el hábito, o sea la virtud de la caridad, abarca y comprende no sólo amor de Dios, sino también amor del prójimo. ¿Habrá otra manera de entender lo que leemos en S. Juan? «Este mandato tenemos recibido, a saber: que el que ama a Dios, ame también a sus hermanos».

De las obras que la Sociedad de S. Vicente de Paúl ha tomado a su cargo, hay una que fue por caso raro primera en la intención y primera también en la ejecución: Ozanam y sus sucesores la reputaron absolutamente esencial y característica de su institución. Hablo—ya lo adivináis—de la visita que personalmente deben hacer los socios a los pobres, y lo que de ella os voy a decir servirá acaso para puntualizar lo que haya de vago en la noción de la caridad, y la manera peculiar de hacerle que os incumbe.

Pensará alguno que el visitar a los pobres es acto muy loable porque nos obliga a dar gracias a Dios por los bienes que nos ha otorgado y de que muchos infelices carecen. Menguado pensamiento no sin analogías con ciertas expresiones que en el Evangelio retratan el contentamiento farisaico! Hacer de la miseria ajena un excitante de la propia satisfacción, pareceme sentimiento muy allegado al de Lucrecio cuando celebraba el sabroso y tranquilo bienestar que nace del contraste entre la seguridad propia y la contienda mortal en que peligran otros.

Visitar a los pobres no es averiguar por sus dolencias ni tomar cuenta de sus miserias con fines estadísticos o para hacerles llegar en tiempo oportuno el auxilio que han menester. Grande y meritoria labor es ésta, pero—soportad que lo diga—parcial e insuficiente. No hay en efecto ningún caso no tenga pro-

longaciones y resonancias escondidas y diversamente dolorosas según sean la delicadeza de las almas y la complejidad de las situaciones. La carencia material de una cosa necesaria es una porción apenas del sufrimiento de los pobres, más allá y más adentro, en los repliegues y entretelas del ánimo está casi siempre el torcedor desesperante y la carcoma de la vida. ¿O es acaso que alguien ignora cómo la intimación de un lanzamiento significa mucho más que una amenaza de intemperie? Hora tras hora se avecina el término fatal y disminuyen los dineros que podrían alejarlo, y hora tras hora encanécense el alma con las mil visiones de llanto, de vergüenza y de ternura desesperada que surgen en torno a ese detalle tan trivial del arrendamiento no pagado. ¿Creíais que todo estaba hecho con propinar la competente medicina al niño enfermo que de seguro recobrará la salud merced a vuestra sabia previsión? Mucho se os debe, por cierto, pero, y ¿qué medicina bastará a compensar las noches insomnes en que el inenarrable amor de una mujer se defendía a solas de esa muerte defraudadora de las suavidades maternas? ¿Imaginábais quizás que suministrándole el pan de cada día, quedábais a paz y salvo con la familia que asistíais? Dios os lo pagará sin duda, pero ¿cómo no se os ha ocurrido pensar que la mirada amorosamente triste de los padres denuncia la tácita congoja de no poder contentar jamás el infantil anhelo y el antojo inocente de los hijos? Qué poco bastaría para hacer florecer una sonrisa placida, para sembrar un recuerdo apacible desafiador de venideras amarguras, en esos niños sitiados tan temprano por la indigencia implacable y ceñuda; qué poco sería menester para libertarlos de la predestinación al desaliento, a la desesperanza, al fatalismo, tal vez al odio.... y ese poco no lo tendrán jamás.... jamás!

Visitar a los pobres es cabalmente unimismarse con estos modos de sentir tan peculiares suyos, es atempe-

rarse a su índole extrañamente afinada por las privaciones, es aprender a descifrar las aflicciones interiores en el geroglífico de los ademanes esquivos y en la abreviatura de las palabras vergonzantes, es tener el arte soberano de inspirar confianza y de saber juntarse con el pobre para devanar con él familiarmente la madeja de los dolores cotidianos, es un dulce y persuasivo razonar que desbarata el horóscopo de infelicidad futura que los desvalidos construyen sin cesar agujoneados por la perseverancia del infortunio y por la tenacidad de los presentimientos desgraciados. Visitar a los pobres es, en otros términos, un despojarse de sí mismo para adoptar—digámoslo así—la personalidad del pobre y establecer con él una comunión inteligente y compasiva de pensamientos y de afectos.

Que si preguntárais quién me autoriza para llevar tan allá las exigencias de la caridad en la visita de los pobres, yo os respondería que ella no es sino un trasunto y reproducción de la desmedida e insondable caridad de Dios cuando nos redimió. Porque ¿fue esa redención otra cosa que una visita que el Hijo de Dios hizo a esta raza maltrecha, y enhambrecida y descarriada? Y harto sabéis que no vino a ella en faz gloriosa ni con aparato de magnificencia, mas con humildad condescendiente que le asemejó en todo a estos sus hermanos, cuyas miserias hizo propias y cuyas iniquidades cargó sobre sí, y de cuyas flaquezas pudo compadecerse porque dejó franca y patente su alma a la invasión de todos los tedios y pavores, fosco torbellino en que también se anega el alma de los pobres.

Para exprimir en una sola frase de recio vigor el misterio de la caridad redentora, S. Juan pronunció estas palabras: «El Verbo se hizo carne». Hacedos pobres con los pobres, y habréis realizado el milagro de la caridad invencible.

Señores socios de S. Vicente :

A lo largo del camino secular que ha recorrido vuestra Institución debéis señalar con monumento memorial aquel día de 1857 en que esta ciudad vio germinar la obra de S. Vicente de Paúl. Germinar he dicho porque al acendrado espíritu caritativo de algunos caballeros de perdurable nombre, le dio forma y cauce y orientación decisiva la noticia que de la Sociedad parisiense les comunicó un insigne prelado chileno. Ensambladas por la idea y por el espíritu, la Sociedad de S. Vicente que arraigó en Bogotá, tuvo providencial analogía con la de París en la juventud de su principal animador que poseyó como Ozanam—así lo ha dicho uno de vosotros—corazón ardiente, talento de pensador y vuelo de poeta. Alma hecha para las ascensiones de la santidad, que prefirió a las armonías de los ritmos bellos, la música interior del espíritu que entabla misterioso diálogo con Dios.

Y yo sé lo que él os diría, si otra vez, huésped de la tierra, celebrara con vosotros este día :

«Los que iniciaron esta Sociedad han desaparecido, pero su obra subsiste, o por mejor decir, la obra de Dios persevera, edificio viviente cuyas piedras se van sustituyendo sin mengua del todo ni de la unidad de la vida. Ningún país os ignora, pero cuando hacéis el recuento de vuestros hermanos, su muchedumbre no os complace por ser ostentación de poderío sino por ser admonición de superiores compromisos para con los pobres. Ni los galardones de la honra, ni las loas del pánegírico os distraen, porque vuestra recompensa terrestre es únicamente no dejar de servir. La rutina cansada no os perturba porque a través de la indulgencia común que remediais seguís, sin darle alcance hasta los cielos, la perfección de Jesucristo. Alas luminosas deben nacer al golpe de la Taciturna para subir hasta las claridades transformantes de la visión eterna, pero entre tanto, como la oruga en espera de su renacimiento, vivid para Dios y vivid para los pobres en la humildad del espíritu y en el silencio de las obras.